

MADRID CÓMICO

ADMINISTRADOR

DON J. POLANCO.

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO

SALE TODOS LOS DOMINGOS

REDACCION Y ADMINISTRACION

ADUANA, 35, TERCERO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID y PROVINCIAS, tres meses, 2 pesetas.—ULTRAMAR, seis meses, 7.—FRANCE, six mois, 5 francs.—PORTUGAL, seis meses, 700 reis.

VENTA.

ESPAÑA, 25 números, 1'50 pesetas. PARÍS, 25 exemplaires, 2 francs.— LISBOA, 25 exemplares, 700 reis. NÚMERO SUELTO, 10 céntimos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID, librerías de Cuesta, Carretas, 9, y Luna, 3; Administración principal de Loterías, Clavel, 4, y en la Administración del periódico.

EMPRESAS Y EMPRESARIOS — POR ARNAU.



¡A mi lado he de tenerte,—Comicucha casquivana!—Mas si mi suegra lo advierte...
 ¡Uf! ¡Maldita sea mi suerte,—Lo que pesa esta barbiana!

DE TODO UN POCO.

Vosotros, los que volveis á vuestras casas despues de las doce de la noche, que habeis pasado al rededor de blanca y marmórea mesa de café, sobre la cual habeis trazado con el mango de una cucharilla, empapado en el negro y aromoso Moka, ya unos presupuestos perfectamente nivelados, ya un cuadro de Historia más ó ménos sagrada; vosotros lo habeis visto indudablemente.

No hace muchos dias que está en Madrid, y únicamente sale de noche. Va embozado hasta los ojos en una capa un tanto raída, y más que otro tanto llevada: camina lentamente como para no ser sentido, y si, por casualidad, ese airecillo del Guadarrama que penetra hasta los huesos, á modo de invisible puñal del invierno, llega hasta él y le provoca á irresistible estornudo, habeis escuchado sonar bajo de aquella capa todos los cascabeles de Momo, cual si el incógnito tuviera uno en la extremidad de cada uno de sus nervios.

Luego, si le habeis seguido, le habeis visto entrar en Capellanes, ó en el teatro de la Alhambra, dejar caer la capa como si no fuera suya, y asomarse á la puerta del salon de baile, lanzando una carcajada en cuya nota estridente han danzado, como los corpúsculos que flotan en un rayo de sol, todos los gritos de todos los manicomios, y todas las blasfemias del infierno.

Pero no lo digais: es el Carnaval que ha llegado ya procedente del hipódromo de París, y que está resuelto á guardar el incógnito hasta dentro de un mes, en que entrará en Madrid, á la vez por todas sus puertas, dando cabriolas y saltos mortales, no sólo para el alma, sino tambien para el cuerpo.

No han sido tantos como otros años. Sin embargo, se pararon en todas las esquinas: uno de ellos, el más ladino, subió hasta el último peldaño de la escalera para ver si los veia venir; mientras los otros alzaban las resinosas teas para alumbrar el camino.

Luego, el más inocente, volvió á cargar con la improvisada atalaya, y aquella tromba de la malicia volvió á ponerse en movimiento, arrastrando huecas latas de petróleo, en cuyo seno, vacío y helado, zumbaba y se revolvia haciendo muecas la carcajada del siglo XIX.

Sin embargo, todos hemos ido á esperar, más de una vez, á nuestros reyes magos.

Todos hemos llevado á costas la escalera de la esperanza, y hemos subido hasta el último peldaño, empujados por esos amigos que nunca nos abandonan, aunque se rien de nosotros, y que se llaman las ilusiones.

Y todos hemos alargado el cuello y la vista, á ver si llegaban al fin, el oro, que es la lima que rompe la cadena del trabajo; el incienso, que es el pan de la vanidad, y la myrrha, que es entraña del Oriente, y por lo tanto hace flotar entre las vagas columnas de

sus palacios de humo, todos los contornos de la voluptuosidad.

Pero todos, ó la mayor parte, hemos bajado de la escalera sin llegar á ver esos magos tan deseados; y sin embargo, hemos vuelto á correr, y correremos eternamente con ella sobre los hombros, deteniéndonos al fin, rendidos por la fatiga, para apurar esa copa del dolor que nos ofrece el Desengaño, en las múltiples tabernas que regenta la Razon, desde que la nieve de los años empieza á caer sobre nuestras cabezas.

Pero dejemos la escalera de la ambicion, y subamos la del teatro Real.

En los palcos y en las butacas, millares de mujeres hermosas, semejando gigantesco ramo de flores que, desprendido del cielo, pintado por Sans, ha ido á caer deshecho sobre todas partes, llenando la sala de perfumes y de colores.

Entretanto, la orquesta, ese mónstruo que llora ó canta al compás del cetro de su tirano, de cuyos desmayos es eco, y de cuyas convulsiones es satélite, deja oír su acento maravilloso, remedo del que producirian todos los ruiseñores del mundo, cantando prisioneros tras de la vibrante malla de la cuerda y saliendo al fin, para saludar al dia, por las plateadas ó doradas bocas del metal.

Con ellos vá la Nilsson; ese otro pájaro, que dejó su nido en Suecia, para venir á cantar la *cancion de Mignon*.

Como los siete colores del arco iris, así caen las notas de la *diva*; brillantes, llenas de prodigiosos matices, destacando claros y distintos tambien, los siete colores de ese otro arco iris de la música, que se llama el pentágrama.

Pero ¡ay! la Nilsson ha llegado á Madrid un poco tarde; la oimos, como vemos el arco iris, es decir, de espaldas al sol: el sol de su gloria que se va hundiendo ya en el horizonte.

En cuanto al tenor que debutó aquella noche, mejor es que olvidemos su nombre y señas particulares.

A la puerta del teatro Español: *Él*.—¡Chica! salgo entusiasmado; no sé lo que daría por llegar á ser un Calvo.

Ella.—Pues no te apures, que ya lo serás con el tiempo.

En una fotografía.—El que va á ser retratado al fotógrafo.—Un momento: ¡No se olvide Vd. de lo que le he dicho! deseo salir todo lo parecido que sea posible, porque así me lo ha encargado mi novia; pero al mismo tiempo, hágame Vd. el favor de hacerlo de modo que no me conozcan en mi casa si se me pierde algun retrato, porque mi familia no quiere que me retrate.

Recojo del suelo un pedazo de carta y leo con asombro la siguiente despedida, escrita por algun académico de plazuela:

«Habul, arma de mi arma. Habul, hasta la timba.»

Mrs C. LÁNEA.

SONETO

DEL MALOGRADO POETA D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Quisiera adivinarte los antojos,
Y de súbito en ellos trasformarme;
Quisiera ser tu alma, y asomarme
A las claras ventanas de tus ojos.
Aire sutil, que con tus lábios rojos,
Tuvieras que beberme y respirarme;
Ser tu sueño, y callado apoderarme
De todos tus riquísimos despojos.

Quisiera ser la música que en calma
Te adula el corazon; mas si constante
Mi fé consigue la escondida palma,
Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma....
¡Nada es tan dulce como ser tu amante!

EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER.

El deber va circunscribiéndose, de modo, que andando el tiempo apenas se va á tener hueco en la conciencia; y eso que la conciencia va ensanchándose de dia en dia en proporcion alarmante.

¿Será que la noción del deber es confusa?

¿Pero hay nada más claro, sencillo y elocuente que el Decálogo?

Hace pocas noches iba yo por la calle Mayor pensando en el *soberbio* aspecto de las *magníficas* plazuelas de San Miguel y del Cármén. Como padron de ignominia á los ojos de la cultura y la estética, ni el municipio puede llegar á ménos, ni Madrid á más. Es una prueba eterna de lo que vale el *decoro* de una gran poblacion, y digo que es una prueba, porque nunca se aprecian mejor ciertas cosas que cuando se carece de ellas.

Pensando en esto me senti mojado de piés á cabeza.

Todavía no he podido comprender, por qué en perances de esta naturaleza lo que más nos duele es el sombrero. Si hemos de ser lógicos, el sombrero, comparado con las demás prendas exteriores de vestir, es el ménos digno de contemplaciones; y, no obstante,

el sombrero es el niño mimado del traje. ¿Será que le estimemos más porque es lo que más sobresale en nosotros? Indudablemente es esto. El sombrero es la prolongacion de la cabeza, y hay cabezas que lo mejor que tienen es el sombrero.

La mia debe ser de éstas, porque yo miré mi sombrero con ojos verdaderamente conmovidos.

—Ustedes son testigos—dije á los transeuntes que habian presenciado la contravencion á la ley municipal. Pero los transeuntes se echaron á reir; porque la verdad es que estas cosas hacen mucha gracia.

Un atentado semejante debe arrancar una protesta, y sin embargo, lo que arranca es una carcajada. Luego el deber se halla limitado en este caso por la expansion más grosera del espíritu: la risa.

—A ver, le dije á un municipal, tome Vd. nota de las señas de esta casa y dé Vd. cuenta del hecho.

—No puede ser, contestóme el representante de la ley, con imperturbabilidad irritante.

—¿Por qué?

—Porque no pertenezco á este distrito.

Cualquier individuo de *orden público* debe castigar las contravenciones á la ley allí donde existan; y, sin embargo, hay individuos de orden público que las ven y no las castigan, luego el deber para estas gentes está dividido en distritos.

Esto me puso desesperado.

Subí á la habitacion de donde habian arrojado el agua, y pregunté por el dueño.

—¿Qué se le ofrecia á Vd.? me dijo un señor embutido en su bata.

—Quejarme de esto, y le enseñé el sombrero.

—¡Ah! sí... ¡Esas malditas criadas!...

—Pues diga Vd. á sus criadas que tengan más cuidado en adelante.

—Como Vd. comprende, eso no es cosa mia.... Los hombres no nos mezclamos....

Yo creia que el deber no tiene sexos.... y, sin embargo, el señor de la bata le circunscribia á la parte femenina.

Iba á estallar de cólera, cuando una señora se presentó en la puerta.

—A los piés de Vd., la dije reprimiéndome á duras penas. ¿Es Vd. la dueña de esta casa?

—Sí señor.

—Pues ruego á Vd. haga entender á sus criadas que está prohibido regar los tiestos en los balcones.

—¡Ah! Vd. dispense.... eso es cosa del ama de llaves, que está al cargo de estas cosas. Yo, como Vd. comprende, no puedo....

Iba á cometer una inconveniencia, pero afortunadamente cerróse la puerta á tiempo de evitarla.

En la escalera me encontré á un amigo.

—¿Sabes lo que me ha pasado?

—Sí, hombre, sí, me contestó encogiéndose de hombros, no debes hacer caso.

PRINCIPIO DE



Un calendario clavó
Un chico en una pared;
Pero el clavo la pasó

—Pues señor, adelante; exclamé tomando un coche para volver á mi casa á mudarme de piés á cabeza. Desde el momento en que el deber tiene limitaciones, distritos, sexos y clases, y uno mismo no debe hacer caso de los males que le ocurran. ¡Viva la Pepa! y ¡ancha es Castilla!..... Por este camino se llegará fácilmente á la calle de la *Libertad*, pero no se entrará nunca en la del *Progreso*.

FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA.

A UN EDITOR.

SONETO CON PIÉS FORZADOS DE D. VENTURA DE LA VEGA.
(INÉDITO).

Creo que eres capaz de echarte á un POZO
Si te falta en tus cuentas un OCHAVO.
Del sórdido metal has sido ESCLAVO
Antes que al belfo te apuntase el BOZO.
Abres trato conmigo, y yo con GOZO
Te vendo mis comedias, y me CLAVO:
Lloro mi necesidad; tu industria ALABO;

Confieso que á tu lado soy muy MOZO.

Al canario le tasas el ALPISTE:

No convidas ni á un vaso de NARANJA:

Por no manchar no matas una PULGA:

Porque juzguen que pierdes, andas TRISTE....

¡Quién te viera rodar por una ZANJA

Ya que el papa ¡bribon! no te EXCOMULGA.

CARTA

Á LA SEÑORITA DOÑA M. S. B.

Mi muy cariñosa amiga—y simpática cliente:—está en razon que te diga—que tu *presente* me obliga—á tenerte muy presente.— Conservaré bien guardados—pañuelos tan apreciados.—Mucho el presente agradezco,—porque sé que no merezco—ni presentes ni pasados.—Te quejas de que algun día—el corazon (*) imprudente—se revela... ¡Tontería!—¡Si tienes, amiga mia,—un corazon excelente!—Deja al *vecino* en su sér,—que el pobre se ha de mover,—pues no gusta del reposo.—¡Cuántas quisieran tener—un *vecino* tan hermoso!—Mas la experiencia ha probado—que aunque haya

(1) El vecino de la izquierda, como ella le llamó.

AÑO — POR CUCHY.



Y, á una vecina le entró,
Por el sitio que ve usted.

muchas que penen—como tú, del mismo lado,—en vez de *vecino*, tienen—el cuarto desalquilado.—Y otras, que en el mundo son—de muchos la admiración,—prueban con faz orgullosa,—que en lugar de corazón—suelen tener.... cualquier cosa.—Si alguno dudára de eso,—con razones de más peso—pudiéramos discutir.—De ejemplo sirva un suceso,—que te voy á referir:

En Madrid, Clara vivía—(chica muy guapa por cierto);—un muchacho la quería,—pero el pobre no tenía—sobre qué caerse muerto.—Unos dos años y pico—fueron amantes felices;—mas ¡ay! como no era rico,—Clara le dió al pobre chico—con la puerta en las narices.—Tal resolución tomó—porque el amor es muy vário; y como sólo aspiró—á ser rica, se casó—con un viejo millonario.—Ansiando gloria y honores,—despreció bienes mejores—sin ver que, para su mal,—era el tálamo nupcial—la cuna de sus dolores.—Mucho la amaba el esposo;—pero viejo y achacoso,—de su casa no salía,—y de su esposa celoso—encerrada la tenía.—Dueña de joyas y encajes—y de lujosos carruajes,—no pudo salir jamás—á provocar con sus trajes—la envidia de las demás.—Con vida tan aburrida—la puso enferma el hastío,—y temiendo por su vida,—mandó llamar en seguida—á un médico, amigo mio.—Fué el doctor, y no acertaba—á darse una explicación—de los síntomas que hallaba;—mas la enferma se llevaba—las manos al corazón.—“¡Aquí, dijo, está mi mal!”—Aplicó el doctor su oído,—y exclamó al fin: “¡Voto á tal!—¡No se escucha ni un latido—en la region precordial!”

—En situación tan cruel,—dándose el hombre á Luzbel—y porque el mal fuera á menos,—citó á junta, y tres galenos—lo mismo opinaron que él.—Después de mucho observar—dijeron: “¡Podrá curar—si logramos que se duerma!”—Y tanto durmió la enferma—que no ha vuelto á despertar!—Los médicos se asustaron; del vulgo el fallo temieron;—de su proceder dudaron;—la autopsia, al fin, practicaron—¡y de sus dudas salieron!—Que al hacer la operación,—con la angustia que me explico,—en lugar de corazón—hallaron ¡oh admiración!—¡¡dos onzas y un perro chico!!!...—Monedas que guarda ahora—mi amigo, cual relicario,—con esta inscripción traidora: “*corazon de una señora—esposa de un millonario.*”

Tal ha sido el sucedido;—conste que lo sé de oídas;—ver el caso no he podido.—¡Ni esta vez he conseguido—ver dos onzas reunidas!—¡Basta ya! Sin duda alguna—te habrá hastiado mi tontuna—de manchar tantas cuartillas.—¡No vayas á tener una—indigestión de quintillas!—Dios te dé dichas completas,—mucha paz, pocas recetas,—buen humor, grande cachaza,—en fin, ¡salud y pesetas!—Tu amigo fiel,

VITAL AZA.



EL LUNAR.

CUENTO ORIGINAL.

I.

Pues señor: este era un príncipe de no se que país. Sólo sé que no era España, porque aquél era un país muy dichoso.

A pesar de esto, el príncipe que regia sus destinos no era feliz ni mucho menos. Efecto de alguna causa desconocida ó de enfermedad oculta á los ojos de la ciencia, tenía el jóven soberano (porque os advierto que era muy jóven) una tristeza tal, que daba lástima verlo.

Muchas veces en medio de las fiestas con que sus cortesanos le obsequiaban, sentíase abrumado por la melancolía, y empezaba á hacer pucheros no obstante su elevada alcurnia, y cuantos más esfuerzos hacia por animarle la gente que le rodeaba, más se entristecía el pobrecito, acabando siempre por echarse á llorar á lágrima viva.

Reuniéronse los médicos más afamados de la época, le llenaron el cuerpo de jaropes, se hicieron ensayos de todo género con las yerbas tenidas por maravillosas, se apeló á los recursos sobrenaturales consultando á nigromáticos y ancianas tenidas por brujas: todo fué inútil. El príncipe no gozaba un momento de alegría; los motivos de goce eran para él causa de mayor tristeza, y el infeliz se consumía poco á poco, de tal manera, que iba quedándose en los huesos.

Prohibióse, bajo terribles penas, vestirse de negro, morado ó amarillo, por haber indicado á alguien que la vista de tales colores predisponía á la tristeza, y toda la gente se vistió de encarnado y verde que daba gusto verla. Parecía aquél un pueblo de cotorras y guacamayos.

Pues nada; á pesar de tales disposiciones y de hacerse constantes las fiestas y regocijos públicos, él, augusto mancebo, lloraba como un chiquillo y no había medio de consolarle.

II.

Un día se presentó en palacio un extraño personaje. Aseguraba poseer un remedio eficazísimo contra la tristeza, y fué introducido hasta la régia cámara.

El príncipe se enjugó las lágrimas que entónces como casi siempre vertía; contestó al saludo del recién llegado, y entre abriendo los lábios con una melancólica sonrisa de incredulidad, le preguntó quién era.

El aspecto del desconocido era lo más á propósito para excitar la hilaridad en cualquiera que no fuese el príncipe triste.

Figuraos un vejete de corta estatura, piernas extremadamente flacas, cuerpo un tanto corcobado, cara extremadamente pequeña, con una nariz extraordinariamente gorda y colorada, y una boca grandísima con un único diente, que temblaba de verse solo.

Los ojos muy pequeños, pero negrísimos y de una mirada viva y penetrante, daban á su fisonomía una expresión animada y alegre.

Vestia una especie de blusa roja que remataba en picos, adornada con cascabeles; unos calzones ceñidos, de aquel mismo color, y un gorro puntiagudo rematado por una campanilla.

Cualquiera hubiese creído ver en el vejete una caricatura de Momo.

—Poco debe importaros, señor, dijo al príncipe, saber quién yo sea. Básteme deciros que poseo el secreto de vuestra felicidad.

—¿Y qué quieres por revelármelo?

—Absolutamente nada.

—En ese caso debo estarte doblemente agradecido.

—Una sola condición impongo para descubrir el medio de matar la tristeza, y es que nadie sino vos y otra persona de vuestra absoluta confianza se entere del secreto. Y exijo tanta reserva, porque perdería su eficacia el remedio en caso de llegar á ser conocido.

—Mi palabra de rey y el interés de aliviarme te garantizan el exacto cumplimiento de esa condición, dijo el príncipe echándose á llorar de una manera desconsoladora.

—Veo, señor, que urge el remedio.

—Mucho, muchísimo, añadió el monarca Jeremías dando cada suspiro que partía el alma.

—Pues en ese caso designad la persona á quien hemos de hacer partícipe del secreto, y busquemos cuanto ántes la medicina.

El príncipe, vertiendo lágrimas como avellanas, pensó unos cuantos minutos, y por fin dijo:

—Nadie me parece más á propósito que mi primer ministro.

—Llamadle al punto.

Hízolo así, en efecto, y á los pocos momentos se presentó el ministro haciendo reverencias.

III.

Era el tal hombre ya viejo, pero toda la gravedad que los años le habían prestado, se la quitaba el traje de color de cereza con adornos verdes que vestía, para no aumentar la tristeza de su augusto amo.

En cuanto éste le dijo la causa de haberle llamado, el ministro, que había reprimido difícilmente una carcajada al ver el ridículo aspecto del hombre que se proponía curar al príncipe, demostró visiblemente el interés que le inspiraba conocer el secreto. Y se comprende bien que el ministro juzgase posible, cuando no seguro, que aquel hombre tuviera un remedio eficaz contra la tristeza, pues su figura le abonaba para todo lo que significase alegría.

—Ved si á alguien puede escucharnos, dijo.

—Descuidad, que estamos completamente solos.

—En ese caso vais á saber la sencilla manera de curar á nuestro amado monarca.

—Decidla pronto, que ya estoy impaciente por saberla.

El príncipe no interrumpió este diálogo sino con

unos cuantos sollozos capaces de conmover a las piedras.

—Pues bien, dijo al fin el risueño hombrecillo, el medio único para curar esa profunda tristeza consiste en encontrar una mujer que tenga un lunar negro, del tamaño de una lenteja, sobre el hombro derecho, y que esa mujer dé un beso al príncipe en la frente.

El ministro se echó a reír y el rey á llorar. El hombrecillo se puso serio, acaso por primera vez en su vida, pero bien pronto, recobrando su alegre aspecto, repuso:

—¿Dudais de la eficacia de mi remedio? No importa. Bien sencillo ha de ser el practicarlo, y nada perderéis en ello. Además, para que con fé lo hagais, sabed que de esa misma enfermedad he curado, por un medio análogo, á un potentado del país vecino. Informáos de si es cierto, y cuando lo sepais acaso no dudeis del resultado que ha de dar el remedio que os he propuesto.

—Basta, dijo el príncipe llorando siempre, basta; yo necesito creerte; yo haré que busquen una mujer que tenga un lunar negro, como una lenteja, sobre el hombro derecho, y que me dé un beso en la frente. Desde hoy mismo se la buscará, añadió dirigiéndose al ministro; yo lo mando, yo necesito creer á este hombre, porque, si no creyese que habia de curarme, moriria.

Y más desconsolado, al parecer, que ántes, rompió á llorar de nuevo.

—Señor, dijo el hombrecillo, cuyo semblante ofrecia un contraste extraño con el del príncipe, yo me retiro.

—¿Pero insistís en no pedirme nada por el remedio?

—Nada: volveré á veros cuando esteis más alegre que unas pascuas.

Y haciendo una pirueta y un gracioso mohin, salió de la estancia.

M. RAMOS CARRION.

(Continuará.)

A UN CRÍTICO SIN VERGÜENZA.

¿Y porque no me he suscrito
A tu periódico *El Pito*,
Das, Senén, un yarapalo
A mi último drama, malo
Como todos los que he eserito?
Yo no miro con desden
Tus críticas, ni es razon;
Mas las prefiero, Senén,
A pagar la suscripcion
Y á que tú me trates bien.

CÁRLOS COELLO.

CHISMES Y CUENTOS.

En el paraiso .. del teatro Real cualquier noche de estreno.

Uno á otro:—¡Yo pago y tengo el derecho de silbar en la mismísima cara del empresario!

El otro al uno propinándole una bofetada monumental:

—Y yo el de aplaudir en la de Vd.

* *

Un caballero arroja sobre el mostrador de una casa de cambio un billete de veinte duros, diciendo secamente al dependiente del establecimiento:

—Cámbieme Vd. este billete.

—Caballero, replica el interpelado, este billete es falso.

—¡Imbécil, pues por eso quiero cambiarlo!

* *

Representaban en un teatro una obra de un autor muy conocido y le decia un abonado á primer turno estrechándole afectuosamente la mano:

—Amigo mio, con esta son cuatro las veces que veo la obra de Vd. porque á pesar de que por ahí dicen que es muy mala, á mí me gusta mucho.

El autor aludido no supo si romperle el alma ó agradecerle la fineza.

* *

El *Pleito del Matrimonio*—es un libro muy bonito,—escrito por el demonio,—y contra el demonio escrito.—Los solteros hallarán—causas para no casarse,—y los casados verán—que no deben divorciarse.—De los mejores poetas—son todas las poesias,—y se vende á tres pesetas—en todas las librerías.

* *

El colmo de la ironía es dar á un ciego una letra á la vista.

* *

—Préstame 25 duros.

—¡Hombre! ¿despues que me debes doscientos, que no te puedo a car, aún me pides dinero? Y eso que la otra noche te ví ganar en el Casino cerca de diez mil reales... ¿Por qué entónces no me diste siquiera cincuenta duros?...

—Porque me dió vergüenza.

* *

Hé aquí el distico que el municipio despues de mucho cavilar piensa poner en el pedestal de la nueva estatua de Calderon:

“La vida es sueño, pero no tu gloria.”

La gloria de Calderon, que hasta ahora ha sido muy clara, se ve

dudosa entre la vida y el sueño; pero la Academia Española ha resuelto la cuestión diciendo que el dístico debe ponerse en dos renglones, sin duda para ver si se entiende mejor que en uno, por aquello de si no alcanza un cañonazo tirarle dos.

Un señor de edad más que proveya enviudó, y apenas terminado el novenario, se dió al mundo, al demonio y... deseando remozarse siquiera en la apariencia, tiñóse el pelo de un *negro mate* que daba envidia verlo.

En tal disposición encontróle en la calle un cuñado suyo que había presenciado los extremos de dolor que al reciente viudo había hecho la pérdida de su mujer.

—Vamos, le dijo irónicamente, te doy la enhorabuena; la viudez te ha remozado y ya sé que pones los medios para consolarte.

—¿Consolarme? exclamó el viudo, ¿lo dices acaso por el nuevo color de mi pelo? pues esa es la mayor prueba de la inmensidad de mis penas... faltándome sombrero para alargar la gasa, me la he puesto en la cabeza.

Lino sospechaba... inventa un pretexto, finge un viaje y se pasa toda la noche detrás de los que van á esperar esos Reyes Magos... que nunca vienen.

A la mañana siguiente se presenta de súbito en su casa, entra de repente en el cuarto de su esposa... Ella tiembla, él palidece... Después de las cortinas del balcon vé sus propias babuchas encajadas en unos piés, que después de cerciorarse averigua que no son los suyos.

—¡Infeliz, niégame ahora que eres culpable! exclama el marido lanzando un grito digno de un drama de Echegaray.

—¡Bobo! replica la consorte, ¿no ves que es día de Reyes y te he querido sorprender poniéndote algo en los zapatitos?

ADVERTENCIA.

Por un error material se fijaron equivocados los precios de suscripción y venta en la cabeza del primer número de este periódico, debiendo regir los que aparecen ya corregidos en el presente.

MADRID.—1880.

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

San Miguel, 23, bajo.

ANUNCIOS.

Curando al 80 por 100 de los desahuciados, en su farmacia siempre encontrareis al

DOCTOR GARRIDO.

6.—LUNA.—6.

FARMACIA DE LA TRINIDAD.

FRENTE AL RELOJ DEL MINISTERIO DE FOMENTO.

CALLE DE ATOCHA.

Infinidad de específicos y medicamentos inmejorables.

PIANOS Y ARMONIUMS.

GRAN DEPÓSITO DE V. NAVAS.

Desengaño, 15.—Piso primero.

Los célebres de Erard, Pleyel y Raynard, así como los de la fábrica de Mr. Chassaingne, que relativamente son los más económicos conocidos, se hallan en esta casa garantizados y sin rivalidad en baratura. Comparad con artistas inteligentes. Cambios y alquiler.

CRÍSPULO PAREDES

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS.

GRAN FÁBRICA DE LICORES

y

ALMACEN DE VINOS, AGUARDIENTES,

ESPÍRITUS, CERVEZAS Y SIDRAS.

AGUARDIENTE DE OJEN Y ANÍS DEL MONO

Pedir notas de precios y condiciones á esta casa. Plaza de la Libertad, 13,

VALLADOLID.

CHOCOLATE Y CAFÉ PURO,

Como el de **MONLEON** ninguno.

Facometrezo, 36 y 38.